



Cerrando y reabriendo el espacio público en la ciudad latinoamericana

Setha M. Low*

RESUMEN

Este artículo ofrece una mirada sobre las contradicciones que se suscitan entre los propósitos artístico-representacionales (muchas veces idealizados) que guían la renovación de una plaza urbana, y su base política y económica. Echar luz sobre estas contradicciones contribuye a desmitificar y visibilizar el carácter ideológico (y no neutral) del diseño urbano público, tanto en lo que respecta a su estilo artístico como a su propósito político. Asimismo, al identificar los objetivos políticos y económicos del espacio público diseñado, su planificación, construcción o renovación adquieren un nuevo sentido. Un espacio público que es ostensiblemente valorado como lugar para sentarse, leer y reunirse, se convierte en una estrategia de revitalización de un centro en decadencia, en un centro turístico y en un medio para la atracción de nuevas inversiones y de capital extranjero.

Palabras Clave: Plaza, Diseño urbano, Espacio público, Costa Rica, Prácticas artístico-representacionales.

CLOSING AND DISCLOSING PUBLIC SPACE IN THE LATIN AMERICAN CITY

ABSTRACT

This analysis provides a glimpse of the contradictions between the artistic and often idealized representational purposes of the urban plaza, and its political and economic base. Bringing these contradictions to light helps to demystify and highlight the ways in which public urban design is deeply ideological (rather than neutral) both in artistic style and political purpose. Further, by identifying the political and economic objectives of designed public space, its planning, design, construction, or refurbishing takes on new meaning. A public space that is valued ostensibly as a place for people to sit, read, and gather, becomes a strategy for revitalizing a declining city center, a tourist center, and a means of attracting new investments and foreign capital.

Key words: Plaza, Urban design, Public space, Costa Rica, Representational practices.

* Ph.D. Programa en Psicología Ambiental, Geografía y Antropología, Centro de Postgrados de la Universidad de la Ciudad de Nueva York (CUNY). Dirección electrónica: slow@email.gc.cuny.edu. Artículo realizado especialmente por invitación de la revista *Cuadernos de Antropología Social*. Traducción: Sean Morris.

INTRODUCCIÓN

El espacio público está desapareciendo rápidamente a causa de los procesos de globalización y privatización, y también por la existencia de nuevas formas de control social y vigilancia. Incluso las plazas, lugares cívicos de las ciudades latinoamericanas, están siendo cerradas, rediseñadas y reglamentadas en formas que restringen sus tradicionales usos sociales y políticos. El objetivo de este artículo es dar cuenta de las contradicciones que existen entre los propósitos artísticos –y muchas veces idealizados– que poseen estos cambios y su base política y económica. Iluminar estas contradicciones contribuye a desmitificar y visibilizar el carácter profundamente ideológico (y no neutral) del diseño público urbano en lo que hace a su estilo artístico-representacional y a su propósito político. Más aún, al identificar los fines políticos y económicos del espacio público diseñado, tanto su planificación y diseño como su construcción o renovación adquieren un nuevo significado. Un espacio público que es ostensiblemente valorado como un lugar para sentarse, leer y reunirse, se convierte en una estrategia de revitalización de un centro urbano en decadencia, en un centro de turismo y en una forma de atraer inversiones nuevas y capital extranjero.

La base teórica de este análisis retoma el trabajo de Sylvia Rodríguez (1989 y 1997), quien se ha interesado por la forma en que la pintura mitifica los objetivos económicos o políticos de su producción. Rodríguez argumenta que ideología y cultura expresiva proveen muchas veces una interpretación más positiva de las relaciones sociales de explotación y desigualdad que las que existen en realidad (1989). En su estudio sobre Taos, el arte fue utilizado para encubrir condiciones que de otra forma hubieran sido vistas como opresivas y, por lo tanto, para mitificar, es decir, para enmascarar lo que en realidad ocurría en términos de poder político local y condiciones de vida.

El diseño y la construcción de plazas públicas sirven a estos mismos propósitos e, incluso más, en la medida en que los ciudadanos perciben a la plaza como un espejo cultural en el que se ven reflejados. En este sentido, puede ser que el proceso de mitificación comience con el diseño del espacio público, pero los habitantes locales, los usuarios de la plaza, los administradores de la ciudad y los medios de comunicación participan activamente en el oscurecimiento de ciertos significados políticos. Los espacios públicos urbanos que son presentados por los planificadores y administradores como diseñados para el “bien común”, son en

verdad diseñados para promover actividades que excluyen a ciertas personas y benefician a otras. Con frecuencia, los motivos económicos que guían el diseño del espacio público urbano suelen estar más relacionados con la intención de incrementar el valor y el atractivo de las propiedades circundantes, que con el interés de aumentar la comodidad de sus habitantes cotidianos.

La plaza hispanoamericana ha sido definida como un espacio preeminentemente público, fuente y símbolo del poder cívico, asociada con una larga tradición como centro cultural de la ciudad. En su área y alrededores se han localizado los jardines y los principales edificios vinculados a la vida social de la comunidad: la iglesia –representando el poder religioso–, y las oficinas gubernamentales –representando el poder político–. Tradicionalmente, el comercio estuvo separado y ubicado en otra área céntrica donde tenían lugar transacciones impersonales; sin embargo, con el correr del tiempo, tanto los bancos y negocios, como los teatros y los restaurantes terminaron finalmente rodeando a la plaza. Ésta es una arena de encuentros donde diversos grupos y clases sociales se reúnen de una manera altamente estructurada, divididos por espacio y tiempo, pero entremezclándose e interactuando en el mismo sitio.

A modo de ilustración presento la historia del Parque Central, una plaza ubicada en el centro de San José de Costa Rica, y analizo el conflicto contemporáneo que se suscitó con motivo del diseño del llamado kiosco o glorieta (un templete o pabellón ubicado en el centro de la plaza) y los resultados de la remodelación de este sitio urbano tradicional. En un segundo ejemplo muestro el caso de la Plaza de la Cultura, una plaza recientemente rediseñada en la misma ciudad, y exploro cómo las metas artísticas y económicas de sus creadores no satisfacen las necesidades de los usuarios de la plaza sino que se amoldan a las necesidades de la creciente industria del turismo. En esta discusión, las preocupaciones de los usuarios son contrastadas con las intenciones de los diseñadores y funcionarios, a fin de resaltar la manera en que el conflicto entre el valor representacional-figurativo y el valor de uso¹ de un espacio público se resuelve en un contexto específico (Low, 1995, 1996, 1997).²

ESPACIO PÚBLICO

Un *espacio público* se refiere a cualquier espacio abierto en el cual se reúne cierto número de personas. Sin embargo, en tanto concepto históricamente situado, el espacio público posee una base política y legal en la democracia

liberal y en la formación del estado-nación moderno. Según la discusión de Habermas sobre el desarrollo de una esfera pública (Habermas, 1974), el espacio público fue creado por los burgueses capitalistas en el siglo XIX con el objetivo de proteger y expandir sus intereses comerciales frente a regímenes aristocráticos y otros no-democráticos, mediante la definición y control del espacio. Si bien la burguesía procuró asegurar sus propios derechos al desarrollo capitalista, afirmando la “igualdad” de derechos, no pretendió sin embargo extender este acceso igualitario a todos los segmentos de la sociedad, especialmente a los miembros de las clases bajas que podían competir económicamente con ella utilizando los espacios públicos –en este caso las calles (Davis, 1986)–. La ocupación de la Plaza de la Cultura por parte de vendedores, por ejemplo, compete con los negocios turísticos que rodean la plaza; hecho que ha generado una serie de hostiles batallas judiciales en torno a la legalidad del uso lucrativo de este espacio público por los vendedores. Por consiguiente, el escenario público ha sido por largo tiempo testigo de contestaciones debido a las contradicciones en el entendimiento literal del acceso igualitario, y las prácticas reales de las clases medias y profesionales. A raíz de estas confusas nociones de igualdad de acceso, ninguno de los dos espacios públicos que estudié –ni el Parque Central ni la Plaza de la Cultura– ha logrado el éxito pretendido por los funcionarios o los diseñadores. No obstante, para poder entender los conflictos que se expresan a través del diseño urbano, es necesario reseñar el contexto histórico y el desarrollo de la ciudad de San José.

EL CONTEXTO URBANO

Para entender los conflictos actuales sobre el uso de las plazas, es preciso examinar la creciente segregación espacial y la cambiante estructura de clases que han sido el resultado de la crisis económica que comenzó a mediados del siglo XX. Antes de esta crisis, los barrios céntricos de las ciudades costarricenses eran relativamente heterogéneos, pero a causa de los cambios subsiguientes, los habitantes más acomodados se alejaron del núcleo central, desarrollando medios de protección espacialmente restrictivos y cerrando sus barrios a los sectores empobrecidos y a las clases trabajadoras. Este aumento en la segregación espacial puede apreciarse en el cambio de usuarios de las plazas centrales de San José.

San José fue mencionada por primera vez en 1708 como una población nuclear que no cumplía con sus obligaciones hacia la Iglesia Católica (Calvo

Mora, 1887). La plaza que luego se convertiría en el Parque Central fue mencionada por primera vez en 1761. Ubicada en el centro del asentamiento colonial de San José, esta plaza principal (la plaza cívica o mayor según la planificación urbana latinoamericana) comenzó como un mercado municipal, como un bastión en la guerra de independencia contra España, como una fuente de agua para los habitantes y como el lugar donde se sorteaba la lotería mensual.

Las primeras familias que habitaron San José eran descendientes de los primeros colonizadores españoles que migraron al nuevo mundo, y aunque se les habían concedido derechos de encomienda, la mayoría practicaba una agricultura de subsistencia (MacLeod, 1973; Stone, 1974). Hacia mediados del siglo XVIII, San José era un centro de procesamiento de tabaco (De Mora, 1973). La economía de café prosperó gracias a la construcción del ferrocarril y al creciente mercado europeo, y la población de San José se expandió de 13.867 en 1801 a 28.944 en 1844 (Revista de Costa Rica en el siglo XIX, 1902). La separación de Costa Rica de España en 1821 precipitó una serie de batallas armadas que siguieron a la Independencia, las cuales resultaron en la designación de San José como capital de la nueva república en 1823.

En 1825, la ciudad de San José estaba compuesta por seis cuadras que rodeaban lo que más tarde sería el Parque Central. En 1849, los miembros de las clases bajas se ubicaban en las afueras de la ciudad –más allá de la Calle de la Ronda– y trabajaban como artesanos o jornaleros; mientras que los profesionales, hombres de negocios y hacendados del café se asentaron a lo largo de las calles principales (Vega Carballo, 1981; Sánchez Delgado y Umaña, 1983). En 1890, las zonas comerciales y burocráticas de la ciudad se extendieron considerablemente, y la oligarquía del café se estableció en los mejores terrenos situados alrededor del Parque Central, formando una verdadera elite urbana (Vega Carballo, 1981).

La oposición por parte de un creciente sector medio al monopolio de la riqueza y el poder detentado por las elites tradicionales desencadenó una breve guerra civil que terminó en 1948, cuando José Figueres y sus seguidores tomaron el control del gobierno y crearon el Partido de Liberación Nacional (PLN). Bajo el mandato de Figueres se celebraron elecciones, se nacionalizaron los bancos y se disolvió el ejército. Una nueva constitución estableció una democracia participativa en 1949.

La economía de San José comenzó a cambiar dramáticamente tras la presidencia de José Figueres, cuando una fuerte caída en el precio del café

redujo la capacidad del país para importar bienes manufacturados y atrajo a muchos campesinos y granjeros desempleados a la ciudad. En respuesta, se impuso una política de “desarrollo hacia adentro”, a fin de estimular los emprendimientos comerciales locales y de pequeña escala, y de establecer mejores relaciones comerciales con otros países centroamericanos. Desde 1950, el sector secundario, es decir el componente industrial de la economía, comenzó a aumentar paulatinamente y, en 1973, llegó a representar un cuarto del valor de las exportaciones (Hall, 1985: 79). No obstante, el sector secundario estaba mayormente en manos de inversores extranjeros, y una nueva clase de industriales que se nutría de recientes migrantes emergió para competir con las familias terratenientes que integraban la elite del café.

La industrialización posterior a 1940 fue intensiva en términos de acumulación de capital, pero no pudo absorber la extraordinaria migración interna que experimentó la ciudad (Morse, 1980). La mayor expansión laboral se produjo entonces en el sector terciario de la economía, incluyendo un gran número de ocupaciones de servicios –funcionarios de gobierno, pequeños comerciantes, etc. (Hall, 1985)–. El crecimiento del sector terciario y la explosión del empleo en el sector informal coincidieron con el período de más rápido aumento de la población. La población de la provincia de San José pasó de 706.419 habitantes en 1974 a 890.443 en 1983, y a 1.220.412 en 1996 (Dirección General de Estadística y Censos 1973, 1982, 1996, respectivamente); mientras que sólo el área metropolitana de San José creció de 406.990 en 1970 a 471.736 en 1973, 579.136 en 1978, y 647.017 en 1982 (Dirección General de Estadística y Censos 1973 y 1982). Estimaciones de la población metropolitana en 1997 oscilaban entre 850.000 y un millón de habitantes.

La crisis económica internacional de espiral inflacionaria y el default de la deuda en los años '80 no hicieron más que empeorar la situación, generando mayor desempleo y poniendo fuera del alcance de un 70% de la población los alimentos básicos, cuyos precios eran controlados por el gobierno. El aumento de los precios del petróleo en 1979 frenó el crecimiento económico de Costa Rica, al tiempo que aceleró la inflación. La disminución de las exportaciones, el incremento de las tasas de interés, la balanza de comercio desfavorable y la recesión económica impidieron el pago de la deuda externa; lo que resultó en la negativa del presidente Rodrigo Carazo (1978-1982) de negociar con el Fondo Monetario Internacional (FMI) (Torres Rivas, 1993).

Una vez terminado el mandato de Carazo, “la economía descendía en picada y tocó fondo ese mismo año” (Clark, 1997: 78). A pesar de que el presidente Luis Alberto Monge (1982-1986) colaboraba estrechamente con el FMI y USAID (United States Agency for International Development) para desarrollar medidas estabilizadoras, su administración estuvo en desacuerdo con la necesidad de perseguir reformas económicas neoliberales –particularmente con la privatización de empresas estatales y la liberalización del comercio–, en razón de su histórico éxito como sostenedor del empleo público y de la intervención del Estado en economía (Clark, 1997). Así, el liderazgo económico se desplazó del gobierno costarricense a una alianza internacional entre un banco privado de Costa Rica, BANDEX y USAID. Esta alianza fue alentada por la administración del presidente Ronald Reagan, quien reorientó la política económica de Estados Unidos para mejorar las perspectivas económicas de la región en su conjunto (Clark, 1997).

Nuevos desafíos a la gobernabilidad democrática y a la estabilidad económica surgieron en los años '90: el PLN estuvo cerca de perder dos elecciones presidenciales consecutivas, amenazando así el tradicional patrón de alternancia y liderazgo presidencial de los partidos. El aumento del crimen, la violencia y la corrupción relacionados con el narcotráfico y con las iniciativas anti-droga, resultaron en una activa respuesta judicial más que en una efectiva respuesta legislativa o ejecutiva. Asimismo, existía el temor de un colapso económico debido a los conflictos comerciales que se suscitaron entre los países del bloque caribeño después de la creación del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (también conocido como NAFTA por sus siglas en inglés) (Gudmundson, 1997).

Estos cambios tuvieron un tremendo impacto en la clase trabajadora y en los habitantes pobres, quienes experimentaron una gran declive en su nivel de vida y en la red de seguridad social (Lungo, 1997). La vida de barrio también cambió con el aumento de los asentamientos de ocupantes ilegales bajo los puentes y en terrenos vacantes ubicados cerca de vías férreas o de áreas industriales. Más importante aún, “la relativamente armoniosa mezcla espacial de clases sociales en la ciudad comenzó a desintegrarse” (Lungo, 1997:61), reestructurando las relaciones de clase y segregando espacialmente a los grupos sociales. El impacto de la crisis económica en los sistemas urbanos de San José ha sido catastrófico. Debido a la falta de un plan maestro, los intereses comer-

ciales e industriales de origen privado fueron los que guiaron e impulsaron el desarrollo urbano de la ciudad.

Dado que la Municipalidad no tenía derechos impositivos sobre sus ciudadanos, todos los fondos para el desarrollo y el planeamiento urbano provenían de la asignación del 1% del presupuesto federal para servicios urbanos. En 1990, el presidente Oscar Arias reformó las leyes municipales e impuso un impuesto del 10% sobre la renta de los habitantes. En 1991, se promovieron una serie de políticas de desarrollo urbano sustentable y se puso en marcha un plan para el uso de la tierra. Las metas de este plan eran reconstruir los parques, rescatar los ríos, proporcionar aire y agua limpia, y mejorar la calidad de la vida urbana en su conjunto.

Esta breve historia sociopolítica y económica contextualiza la construcción y modificación de las principales plazas de San José: el Parque Central y la Plaza de la Cultura. El desarrollo no planificado de la infraestructura urbana, las agendas políticas alternadas, la cambiante estratificación social y las oleadas de crisis económicas se han visto reflejadas en los conflictos emergentes en torno al diseño y rediseño de estos significativos espacios públicos. Más aún, la creciente globalización de las inversiones de capital en infraestructura y la privatización de los servicios públicos y la vivienda reforzaron estos procesos, inmovilizando a los residentes pobres y trabajadores en la ciudad; mientras que las clases medias y pudientes se trasladaron a las afueras, desestabilizando los barrios centrales.

PARQUE CENTRAL, ¿PARQUE CEREMONIAL O CENTRO VECINAL?

La plaza hispanoamericana se ha situado usualmente en el centro geométrico del pueblo o ciudad, salvo en las localidades costeras donde la plaza fue ubicada enfrente del agua. En los pueblos pequeños había una plaza, pero a medida que la localidad se expandía se sumaban barrios adicionales o plazas de mercado. Si bien la plaza histórica ya no es el centro físico de muchas ciudades, todavía permanece como el foco psicológico de la comunidad, mientras que las nuevas plazas para turistas y negocios son construidas en distritos periféricos de comercio y entretenimiento.

Diseñadas originalmente para procesiones religiosas, hazañas hípcas y/o como un mercado, a menudo las plazas nacieron como un espacio rudimentario al aire libre, un cuadrado o rectángulo sin árboles y cubierto de hierba. En el perímetro circundante se ubicaba la iglesia y unos pocos edificios. La porción

cubierta de hierba era utilizada para el pastoreo y para abrevar animales, y los transeúntes podían dejarlos allí por la noche. El pozo de la comunidad se ubicaba muchas veces en la plaza y, por lo tanto, ésta se convertía en un lugar para recoger agua o lavar ropa.

A través del tiempo la plaza acogió funciones especiales, transformándose en un mercado donde se intercambiaban alimentos y bienes agropecuarios, o en un centro ceremonial de significado religioso, gubernamental o militar. Pero, a pesar de estas otras funciones, la plaza central permaneció como el espacio por excelencia de la interacción social y ha sido en este rol que las plazas fueron transformadas en parques-jardines con hierba, árboles, flores y paseos escénicos. Desde los años '70, muchas plazas perdieron su estatus ceremonial y cualidades paisajísticas, transformándose en ejes viales que canalizaron la proliferación de automóviles privados y autobuses que se producía en las ciudades latinoamericanas. Otras plazas se convirtieron en la plaza vecinal-barrial para aquellos habitantes del centro de la ciudad que estaban alejados de la vida en las afueras.

En San José, no fue hasta 1885 que la plaza principal se convirtió en un jardín y el mercado municipal fue relocalizado. Para 1890, el rebautizado Parque Central emergió con senderos bordeados de árboles y césped, una glorieta de madera, una fuente inglesa, un cerco y portones de hierro, todo como parte de un plan de diseño paisajístico que servía a las elites. El Parque Central fue rediseñado en 1940 para crear un paseo peatonal mediante la remoción de la fuente, el derribo de los cercos y el reemplazo de la glorieta de música. Una estructura de cemento –kiosco–, lo suficientemente grande como para albergar a una orquesta entera, fue donada por un hombre de negocios nicaragüense a fin de reemplazar la réplica del original victoriano. Sin embargo, para los años '90, el mobiliario se había deteriorado y existían planes para devolverle a la plaza su antigua elegancia. En la primavera de 1992, un grupo de ciudadanos elevó una petición a la Municipalidad para derribar la estructura de cemento y reconstruir la glorieta victoriana. Esta solicitud desencadenó un debate público ostensiblemente centrado en reemplazar la moderna glorieta por un modelo del original, debate que hizo visible la lucha política entre la elite profesional, el gobierno y los usuarios tradicionales por el control del espacio.

La preocupación por el deterioro del Parque Central fue editorializada el 8 de agosto de 1988, cuando Jorge Coto E., un columnista de *La Nación*, comentó que el Parque Central iba a ser el epicentro de un nuevo desarrollo urbano. Coto expresó allí que el Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes había puesto en

marcha una renovación para otorgarle mayor visibilidad a la plaza, pero estaba preocupado por la posibilidad de que el Parque Central, verdadero símbolo de la identidad costarricense, perdiera la poca personalidad que le quedaba.

El 1 de diciembre de 1991, un plan de remodelación del Parque Central fue anunciado como parte de un programa conjunto de la Municipalidad y el Ministerio de Cultura para remodelar los parques y las plazas de la ciudad capital. Una comisión inter-institucional fue instituida como cuerpo planificador y tomador de decisiones. Se esperaba que el trabajo comenzara en febrero de 1992.

Pero el 10 de febrero de 1992, Jorge Solorzano, un periodista de *La Nación*, escribió que no se había llegado a un consenso en lo referente a la destrucción de la glorieta. El funcionario ejecutivo de la Municipalidad, un ingeniero llamado Johnny Araya, sostuvo que dentro de la comisión inter-institucional existían dudas sobre si el kiosco donado por Anastasio Somoza García debía ser reemplazado por un modelo de estilo japonés de 1905 (sic). El señor Araya declaró que la estructura actual no añadía ningún elemento estético al parque y que ocupaba demasiado espacio. Sin embargo, la ministra de Cultura, Aída de Fishman, argumentó que la integridad del parque debía ser respetada. La comisión sugirió entonces que se difundiera una encuesta para que el público se expidiera sobre el destino de la glorieta.

El 10 de marzo de 1992, el Consejo de la Municipalidad de San José fue consultado por la posibilidad de convocar un cabildo para que el público pudiera participar en esta difícil decisión. Al público se le presentarían los bosquejos de dos proyectos alternativos: uno del parque restaurado con la glorieta actual, y otro basado en la imagen original de la glorieta de madera, la fuente y los cercos de hierro. Según Johnny Araya, en los resultados de la encuesta difundida por la Municipalidad, más del 75% de los consultados prefirió que el kiosco fuera eliminado y que el parque fuera restaurado con el estilo que tenía a comienzos del siglo. Anteriores ministros de Cultura, como Guido Sáenz y Francisco Echeverría, también atacaron su estética. Por otra parte, el arquitecto Jorge Grané sostuvo que nadie estaba seguro de por qué la gente quería derrumbar la glorieta ni con qué fin. El columnista José David Guevara de *La Nación* comentó, el 24 de marzo de 1992, que ni los sesenta lustrabotas y sus clientes, ni los enfermos mentales y los ancianos que frecuentaban el parque estaban siendo consultados. Guevara concluyó que, al fin y al cabo, la cuestión era si la renovación conservaría la identidad del parque como corazón de la capital.

La votación tuvo lugar el 4 de abril de 1992 a las 2:00 de la tarde, en el Liceo de Costa Rica. La Municipalidad presentó tres iniciativas que consistían en derrumbar la glorieta, mejorarla o dejarla intacta. Se esperaba que siete mil personas participaran en la primera reunión municipal organizada en San José.

Un día después del plebiscito, Jorge Solorzano informó que la mayoría de los votantes había optado por demoler la actual glorieta. Por cuestiones todavía no aclaradas, sólo votaron 1.153 individuos: 487 por la destrucción de la estructura, 372 por dejarla intacta, y 292 por conservarla con modificaciones. Los resultados dividieron aún más a los miembros de la comisión. Aquellos que estaban en contra de la destrucción opinaban que las dos opciones que recibieron menos votos debían sumarse para reunir una mayoría de votos a fin de preservar la estructura. Otros miembros, como Johnnhy Araya, opinaban que la comisión debía respetar la opción ganadora, derrumbar la glorieta y reconstruir el parque original. El señor Solorzano comentó que el doctor Arias, ex presidente de Costa Rica y constructor de muchos parques y plazas, había sugerido que la decisión se postergara hasta que la situación económica del país mejorara.

El voto público por demoler la glorieta y su reinterpretación por parte de la comisión fueron recibidos con alarma por los profesionales. El Colegio de Arquitectos (una asociación de profesionales de la arquitectura) publicó un anuncio de una página en *La Nación* para expresar que la votación no representaba una muestra adecuada y que se oponían al plan. Sin embargo, el 21 de abril de 1992, el Consejo Municipal de San José aprobó la destrucción de la glorieta por una votación de nueve contra cuatro. El 23 de abril, la ministra de Cultura, Juventud y Deportes, Aída de Fishman, desaprobó la demolición amparándose en la ley 5.397 –Ley de Patrimonio Histórico–, la cual establecía que la destrucción, remodelación o modificación de un edificio o estructura pública no podía llevarse a cabo sin su aprobación. Así, la batalla culminó con la afirmación del poder legal del ministro de Cultura para resolver el conflicto.

Los ciudadanos que intentaron reconstituir el Parque Central en su imagen elitista de comienzo de siglo mediante la remoción del kiosco, no eran los usuarios diarios sino profesionales y gente de las clases medias que ya no vivían en el centro de la ciudad. El conflicto en torno a la forma arquitectónica de la glorieta fue una lucha por el control del estilo artístico del Parque Central; una lucha en la cual el equipamiento arquitectónico representaba significados sociales y de clase más amplios. La resolución final fue un compromiso en virtud del cual la glorieta fue remodelada y una réplica de la fuente original

fue añadida. Al mismo tiempo, los espacios verdes, buena parte de los árboles, la pérgola, los espacios de trabajo y los generosos bancos de piedra fueron removidos, para corresponderse con una imagen de urbanidad contemporánea y civilidad de clase media y, a su vez, para desalentar las actividades de los habitantes tradicionales.

Desde el punto de vista de la Municipalidad, el rediseño del Parque Central lograba tres objetivos artísticos y resolvía los defectos de diseño del plan original: 1) elevando el nivel del parque, la monumentalidad de la glorieta fue mejorada, creándose un sentido de la escala y la proporción mucho más balanceado; 2) reduciendo la cantidad de asientos y el número de escaños, la plaza se convirtió en un centro ceremonial más que un parque residencial; y 3) agregando superficies duras de concreto, el Parque Central se transformó en una celebración de la ciudad, en un lugar para los discursos presidenciales más que en un parque de reunión.

El nuevo diseño incluía una galería de arte para que los artistas nacionales expusieran sus obras en un espacio situado detrás del kiosco —donde solía estar la biblioteca infantil—, 24 cabinas de teléfono en el lado oeste del parque y un puesto policial, a fin de proteger al público de la creciente delincuencia juvenil. Los limpiabotas y floristas fueron desplazados a un área situada delante de la oficina de correos. Blanca Suñol, arquitecta de la Municipalidad, desarrolló nuevas regulaciones y pautas de diseño para mantener el Parque Central más limpio y seguro. Cuando éste reabrió, estas reglas se hicieron efectivas: 1) ya no se permitiría la presencia de vendedores ambulantes; 2) toda nueva construcción se limitaría a la altura de los edificios originales (siete metros); 3) las paradas de autobuses serían reemplazadas por puestos de taxis.

El objetivo de diseño del señor Sancho y la señora Suñol era recuperar el espacio público desplazando a sus usuarios tradicionales, así como a los “delincuentes juveniles y criminales,” reemplazándolos por otras personas. Se implementó el traslado de los vendedores y se sumaron policías para mantener el parque limpio y seguro, mientras que las restricciones impuestas a la altura de los edificios cambiaron su aspecto constructivo.

Aída de Fishman, ministra de Cultura encargada de la renovación, reabrió el Parque Central el 19 de marzo de 1994, expresando los objetivos de su diseño en los siguientes términos:

El Parque Central es un gran dolor de cabeza. Es el corazón de la ciudad, pero se ha desgastado por los bordes. La glorieta de madera, la fuente y los cercos ya no están, y

nos hemos quedado con este gran albatros de cemento. Queríamos convertirlo nuevamente en un parque que le diera la bienvenida a la gran masa de gente que vendría. Por eso hicimos una plazoleta con una réplica de la fuente, ya que no pudimos mover la original, y conservamos la glorieta nicaragüense. Me siento satisfecha de que hayamos preservado este lugar y que hayamos rescatado un poco del centro de la ciudad.

La ministra comentó el conflicto suscitado en torno a la glorieta explicando que pasaron meses discutiendo cómo debía ser el parque. Finalmente, el gobierno local optó por preservar el kiosco, declarándolo parte del patrimonio nacional. Añadió asimismo: “¿Quién puede decir qué se considerará bello en el futuro? Yo no quise ser responsable de desechar el pasado”.

Los habitantes locales estaban bien informados sobre la renovación y reapertura del Parque Central. Pregunté a muchas personas en el área del centro qué opinaban sobre la renovación. Un taxista respondió que Aída de Fishman había renovado todos los parques:

Ella no sólo embelleció el parque, lo que es bueno, sino que también restauró un lugar en el que la gente pudiera pensar y reflexionar. A veces la gente está en la ciudad y necesita detenerse para pensar y reflexionar. Ella creó un ambiente donde esto se puede hacer. Es importante tener lugares así.

Sin embargo, no todos concuerdan con que el nuevo diseño sea atractivo o que se hayan reducido los niveles de crimen. Muchos usuarios locales interpretan las intenciones artísticas del rediseño como un medio para excluirlos de lo que ellos percibían como su lugar. Los usuarios mayores están desanimados y no entienden por qué la Municipalidad eliminó los árboles, el pasto y el verde que tanto amaban. Le pregunté a uno de los hombres qué opinaba sobre los cambios acaecidos. Respondió que le gustaba cuando había más verde. Todos los hombres allí sentados consideraron que había demasiado cemento, pero no se pusieron de acuerdo sobre si la ausencia de vendedores hizo que el parque estuviera más limpio.

“¿Se sienten Uds. más seguros?”, pregunté. Un hombre respondió que era posible que hubieran disminuido las actividades ilegales porque ahora el parque era más abierto, pero luego añadió:

Aún hay que tener cuidado con las pandillas. Están por todos lados y se reúnen aquí todos los días a las cinco de la tarde. Las vistas abiertas del nuevo parque no facilitan las transacciones ilegales que ahora se han desplazado al Palacio de Soda, pero es aun más fácil para los carteristas y jóvenes pandilleros asaltar turistas o ciudadanos ricos.

Ante mi pregunta sobre si le gustaba el nuevo diseño, un joven que había concurrido al parque para sentarse y reflexionar durante más de ocho años res-

pondió: “No, es demasiado moderno. Me gustaba como era antes, verde y más antiguo”. Un hombre que escuchó casualmente nuestra conversación añadió: “Con el nuevo diseño es más difícil esconderse de la policía, pero aun así hay mucha más prostitución que antes”. También explicó que esta situación se debía a que los nicaragüenses habían reemplazado a los usuarios tradicionales.

Algunos de los usuarios regulares del parque han resistido activamente los cambios impuestos. Hablé con uno de los lustrabotas más ancianos, quien estaba muy ocupado con las botas negras de un hombre que sonrió y saludó. Le pregunté dónde estaban los demás lustrabotas. Respondió: “Cuatro de los más viejos están frente a la oficina de correos, y hay tres más en el Bulevar. También hay algunos frente a la catedral. Pidieron permiso para estar allí”.

Le pregunté cómo podía seguir trabajando en el parque. Sonrió y dijo: “Tengo un permiso especial de la Municipalidad”. Él y su cliente sonrieron. Entonces añadió: “He llevado mi historia al público”. El cliente agregó: “Él es famoso, salió en Teletica, el canal 7 de televisión, protestando porque éste era su lugar de trabajo”.

Los objetivos de diseño de la Municipalidad han creado un nuevo tipo de espacio público, que excluye a muchos de los usuarios tradicionales debido a la falta de lugares sombreados para sentarse y a las regulaciones que restringen las actividades comerciales. El nuevo diseño se ve ciertamente más seguro con sus vistas abiertas, luce moderno y europeo con la fuente reconstruida, los senderos y jardines pavimentados. Sin embargo, las metas artísticas y simbólicas de los diseñadores sólo han sido parcialmente alcanzadas debido al cambiante entorno social de San José: un número creciente de refugiados nicaragüenses ha encontrado un lugar para reunirse con sus familiares amigos; y para las pandillas de adolescentes es un excelente lugar para pasar el tiempo, cerca de donde se comercian mercancías y tarjetas de crédito robadas, y cerca también de los negocios del centro donde puede encontrarse a compradores costarricenses y turistas con dinero.

La expresión artística del rediseño del Parque Central encubre el deseo de los productores de limpiar este espacio público, removiendo su equipamiento arquitectónico —la pérgola, los árboles y los bancos que invitaban a los pensionados a pasar allí el día—. Esta limpieza también restringió las actividades comerciales, removiendo a los vendedores y limpiabotas que habían trabajado allí por más de cuarenta años. A raíz de estas restrictivas regulaciones, nuevas

formas de crimen y delincuentes se han apropiado el espacio y han tomado el control de la ecología local.

Muchos de los jubilados costarricenses se han mudado al Bulevar, un área situada unas cuadras al norte del Parque Central, en la que se han añadido árboles y bancos. Ellos afirman que extrañan la pérgola con sus borrachos y evangelistas, la música en la glorieta y los bailes a los que incluso las personas sin dinero podían asistir a celebrar el nuevo año. “Es importante tener un lugar para ver a tus amigos y familiares, a quienes de otra manera no verías”, declaró un hombre, quien después agregó que era triste que esto ya no ocurriera en el Parque Central. Dicen que muchas personas ya no se sienten cómodas allí y que han trasladado sus encuentros fuera del centro ceremonial de la ciudad. Hay algunos grupos que frecuentan el parque: las jóvenes trabajadoras domésticas nicaragüenses se juntan los domingos para visitar a sus familias y amigos, las pandillas de adolescentes se congregan por la tarde; pero los usuarios tradicionales –pensionados, vendedores y trabajadores– ya no se sienten en casa ni son bien acogidos allí. El rediseño tomó un espacio urbano vivo y vibrante, y lo convirtió en un centro ceremonial, más limpio y prolijo, pero lleno de pandillas y extranjeros.

PLAZA DE LA CULTURA, ¿ESPACIO ARTÍSTICO O MERCADO TURÍSTICO?

Se ha dicho que la construcción de la Plaza de la Cultura fue idea del ministro de Cultura Guido Sáenz en 1976. El directorio del Banco Central de Costa Rica había alentado a la Asamblea Legislativa Nacional a adjudicar fondos para construir un museo donde se expusiera una colección de artefactos de oro precolombinos que estaban guardados en el segundo piso del Banco Central. El museo representaría el orgullo de la cultura indígena costarricense y fue apoyado por el Partido de Liberación Nacional de Figueres. El terreno alrededor del Teatro Nacional fue elegido por el ministro de Planificación Oscar Arias y por el directorio del Banco de Costa Rica, como un sitio que se acomodaría fácilmente a los turistas y que representaría un nuevo centro cultural en San José.

El diseño final fue un moderno espacio que la mayoría de los costarricenses no entendieron ni les gustó. Los objetivos del Banco Central de combinar aspectos económicos y culturales eran descriptos en su folleto inaugural:

Esta Plaza de la Cultura que hoy inauguramos une las fuerzas de los costarricenses interesados en humanizar la ciudad, embellecerla, preservar el Teatro Nacional y darle el espacio necesario. Trabajar sobre la cultura es una tradición del pueblo costarricense (...) La economía y la cultura están estrechamente ligadas, y su unión se ve representada en esta plaza que se transformará en el centro de nuestra ciudad (Naranjo Coto, 1976:1).

Sin embargo, los objetivos de los arquitectos eran más diversos e incluían el deseo de crear un espacio similar a los de la ciudad de Nueva York: un gran espacio abierto donde se pudieran celebrar reuniones y manifestaciones. La plaza abierta costarricense, de hecho, ha atraído actividades ilegales y vendedores, así como a jóvenes jugadores de fútbol, comercio turístico y sexual. El intento por llevar la cultura al centro de la ciudad por medio de la expresión artística de su arquitectura de paisaje, no ha producido nada semejante a la representación de un espacio cívico ideal.

La Plaza de la Cultura es un ejemplo aún más claro de las contradicciones que se revelan por la diferencia entre los objetivos de diseño y las consecuencias económico-políticas de construir un espacio público urbano. Un barrio residencial de pequeña escala fue convertido en un anuncio de la cultura costarricense. Esta transformación generó nuevas oportunidades de inversión para expandir los intereses de los capitalistas extranjeros en el turismo y sus actividades relacionadas. El liderazgo de la nueva clase profesional deseaba representar a la cultura costarricense como moderna, utilizando modernos lenguajes europeos de diseño, pero también como indígena, basándose en su pasado precolombino. El capital norteamericano ya estaba impulsando la economía costarricense y había influido en la ubicación de la plaza, situándola cerca de un importante hotel, de muchos negocios norteamericanos (por ejemplo, McDonald's y Sears) y de la actividad turística. Precisamente, la ubicación, la forma espacial y, finalmente, el diseño de la Plaza de la Cultura estuvieron mayormente determinados por fuerzas económicas y políticas más que por los propósitos de los diseñadores.

Así, la Plaza de la Cultura fue ocupada por vendedores extranjeros. Se inauguró en 1982, y durante mis primeros tres viajes de campo –en 1985, 1986 y 1987–, los únicos vendedores en la plaza eran parte de un mercado turístico aprobado por la Municipalidad y el Gran Hotel ubicado en la pequeña plaza frente al Teatro Nacional. Estos vendedores pagaban un permiso de 50 colones por día para vender en la plaza.

Hacia 1991, sin embargo, la plaza estaba repleta de vendedores ambulantes. El 24 de febrero de 1991, Juan Fernando Cordero, de *La Nación*,

escribió un editorial sobre las sorpresas de la Plaza de la Cultura, señalando que sus vendedores hablaban inglés, cobraban con cheques de viajeros, aceptaban tarjetas de crédito internacionales y ahorran en dólares. El señor Cordero comentaba que nadie hubiera pensado que la plaza se convertiría en 5.000 metros cuadrados de comercio y espectáculo, antes que en un lugar para descansar y escapar del trabajo. El 18 de octubre de 1992, la “plaza de las sorpresas” fue descrita como la “plaza del caos”, reflejando así la realidad de San José: desordenada, sucia y sin autoridad. El editorial señalaba que la plaza representaba una enorme inversión financiera y política, de forma tal que a los vendedores, delincuentes, narcotraficantes y trabajadores sin papeles no se les debía permitir apropiarse de este espacio.

Para el 3 de noviembre de 1992, los vendedores fueron forzados a abandonar la plaza debido a los esfuerzos en conjunto de la Municipalidad y el Ministerio de la Seguridad Pública conducido por Luis Fishman. Se desalojó a los vendedores expulsando inmediatamente a quienes no tenían los documentos apropiados, y permitiendo que sólo permanecieran los miembros de la Asociación Nacional de Artesanos Independientes (ANAI) hasta que encontrarán otro lugar. El presidente de la ANAI, Marco Vinicio Balmaceda, protestó porque estas expulsiones dejarían a 500 familias sin hogar. Sin embargo, Luis Fishman argumentó que la mayoría de los vendedores había venido de países sudamericanos. Sólo unos pocos vendedores permanecieron con la anuencia de la Municipalidad. Pero cuando regresé a San José, en 1993, la plaza estaba otra vez repleta de vendedores. Aparentemente, la ANAI obtuvo una disposición judicial para que los vendedores asociados pudieran seguir en la plaza.

La historia termina con la propuesta del Banco Central de poner, alrededor de toda la plaza, una reja con portones que se cerrarían al anochecer. El 18 de enero de 1995 hubo una reunión abierta para discutir acerca de la seguridad en la Plaza de la Cultura. Los representantes del Teatro Nacional, la fundación que administra la plaza, el Colegio de Arquitectos y el Consejo Internacional de Monumentos y Sitios (ICOMOS) –un organismo internacional de conservación histórica– estuvieron dispuestos a presentar sus propuestas al público. La reja fue admitida solamente como una de las posibles soluciones frente a la diaria invasión de cientos de vendedores y delincuentes que vandalizaban el lugar. Sin embargo, en su editorial de *La Nación* del 19 de enero de 1995, Vanesa Bravo informó que hubo desacuerdos acerca del enrejamiento de la plaza y que se encontrarían otras soluciones para mejorar su seguridad.

En 1996, la Plaza de la Cultura fue cerrada por renovaciones y aún no se había reabierto la última vez que estuve. Estoy segura de que su largo cierre, sus renovaciones y el aumento de patrullas policiales al reabrirse son los resultados de este conflicto local.

CONCLUSIÓN

Basándome en estos dos ejemplos, concluyo que las plazas urbanas costarricenses ubicadas en espacios centrales son expresiones artísticas políticamente motivadas, diseñadas para representar los objetivos e ideales sociales de los donantes y contribuyentes. Aquellos usuarios locales que no se ajustan a este esquema de ambiciones políticas y económicas son trasladados, excluidos legalmente y, en algunos casos, víctimas de la fuerza policial. Reflexionando a partir del ejemplo costarricense, vemos que el espacio urbano es otorgado al “público” a cambio de poder y apoyo económico y/o político. Este intercambio fortalece las nociones de espacio público de la clase media, como parte de un acuerdo en curso y no expresado entre los ciudadanos y el Estado, aun si estos conceptos excluyen a muchos usuarios tradicionales de dicho espacio. Si las plazas no cumplen con estos objetivos políticos o si carecen de valor político, entonces –como he documentado– las plazas son rediseñadas y se niega el acceso a una parte del “público,” particularmente a la gente que trabaja en la plaza. Esta historia no se limita a las plazas de San José de Costa Rica; la plaza de Taos, Nueva México (Rodríguez, 1998) o Santa Fe, Nueva México (Wilson, 1997) presentan estas mismas dinámicas.

En Costa Rica, el uso de guardias armados privados y de perros para patrullar las plazas aún no ha ocurrido, como sí ocurrió en la ciudad de Nueva York; parece que las tácticas de intimidación no serán necesarias mientras que otras formas de control social permanezcan intactas. Sin embargo, la patrulla de la policía local, los comercios orientados al turismo, los restaurantes onerosos y una tolerancia decreciente hacia los usuarios “no deseados,” son compartidos tanto por los josefinos como por los usuarios de la ciudad de Nueva York. El acceso restringido es crecientemente utilizado como una estrategia para reapropiarse del espacio y para atraer usuarios más deseados o bienvenidos a los dos sitios en cuestión.

Lo más significativo de estos dos ejemplos, sin embargo, es que los espacios públicos urbanos son importantes escenarios para los discursos abiertos y las expresiones de descontento. Cuando surgen conflictos sociales y políticos,

las plazas y otros espacios públicos proporcionan un foro para que las ideas y valores conflictivos se resuelvan en un ambiente visible y seguro. La investigación en Costa Rica demuestra que cuando las plazas de San José son rediseñadas para excluir a ciertos grupos, esto tiene un impacto en las prácticas democráticas liberales en estos espacios. Si las plazas son cerradas o rediseñadas por razones económicas, o porque su apropiación espacial no se acomoda a las angostas pautas culturales de la clase media o a un comportamiento adecuado, entonces ¿dónde se localizan las expresiones sociales del conflicto?

Más aún, ¿cuáles son las consecuencias de borrar el espacio público de su desorden y de sus poblaciones desordenadas? ¿Es este borramiento y rediseño de la forma espacial una suerte de amnesia histórica que apuntala el mito sobre la fuerza del turismo y la conservación histórica (Wilson, 1997)? La transformación de las plazas que históricamente fueron espacios públicos para actividades cívicas y discusiones sociopolíticas, a fin de acomodarlas al turismo y a los valores de las clases medias, ha excluido a una gran cantidad de sus usuarios tradicionales. Este énfasis puesto en los valores del turismo en oposición a los valores locales, deteriora todavía más el centro de la ciudad, una lección que muchas urbes enfrentan en la actualidad.

El espacio público se vuelve aún más valioso por la globalización. Manuel Castells (1989) define un nuevo tipo de ciudad dual, en la cual el “espacio de flujos” –flujos de información y producción– sustituye el significado del “espacio de lugares” –barrios y lugares donde la gente realmente trabaja y vive–. Esta ciudad dual es un espacio compartido dentro del cual esferas contradictorias de la sociedad local están constantemente tratando de distinguir sus territorios, basándose en lógicas diferentes. Los espacios flujos son organizados sobre principios de actividades de procesamiento de la información, mientras que los espacios cotidianos se organizan sobre la lógica de tener una vida, proporcionar sustento y encontrar un lugar para vivir. La falta de conexión entre estos espacios y la falta de significado resultante de los lugares cotidianos e instituciones políticas, son vivenciadas por las personas y resistidas a través de una variedad de estrategias individuales y colectivas. Las personas procuran reafirmar su identidad cultural, a menudo en términos territoriales, “movilizándose para lograr sus demandas, organizar sus comunidades y singularizando sus espacios para preservar el significado, para reestablecer cualquier control limitado que puedan ejercer sobre sus trabajos y viviendas” (Castells, 1989:350).

Estos espacios que se identifican como los centros simbólicos de la vida social, fundamentales para la comunicación y la resistencia reales, son los espacios públicos –en este ejemplo, las plazas latinoamericanas– por los que tanto me preocupo. Por ende, a pesar de la creciente globalización, el papel de la plaza como un significativo centro de la vida social se vuelve aún más crítico.

NOTAS

¹ Con el término “valor” me refiero al concepto marxista del valor que algo posee cuando es usado en la vida cotidiana, y no a su valor cambiario o monetario. Por ejemplo, el uso valorativo del espacio público se refiere al valor que la gente otorga al hecho de estar y experimentar el espacio. El intercambio valorativo del espacio público, por contraste, se refiere al valor del bien inmueble y/o al valor que añade a los bienes inmuebles que lo rodean.

² El trabajo de campo en el que se basó este artículo fue financiado por una Fulbright Research Fellowship y por una beca de la fundación Wenner Green. Las descripciones etnográficas están basadas en cinco estadías de campo durante las cuales me concentré en el estudio de las plazas urbanas: la primera de febrero a marzo de 1985; la segunda de mayo a septiembre de 1986; la tercera de diciembre de 1986 a febrero de 1987; la cuarta de noviembre a diciembre de 1993; y la quinta durante enero de 1997 y febrero de 2004. Dado que la observación participante en un espacio público no puede capturar todas las actividades que allí se desarrollan, utilicé tres estrategias de observación diferentes: 1) Cada una de las plazas fue observada por sector y todo lo que ocurrió en ese sector fue registrado durante un determinado período de tiempo. Esta muestra de tiempo/espacio proporcionó un sistema para la observación no-secuenciada de estos sitios durante los días de la semana y los fines de semana. También se recopiló una serie de mapas de comportamiento que localizaban las actividades de los usuarios en virtud de su ubicación, género y edad. 2) Después de recoger información a través de la muestra de tiempo/espacio emergió un mapa de actividades localizadas, tras lo cual se pasó a una segunda fase de observaciones centrada en la documentación de estas actividades y de la gente que las hacía. 3) Durante el tercer período de observación participante, fui equipada con una cámara y un mapa, hablé con la gente y me comprometí más activamente en la vida cotidiana de la plaza. Por entonces, los usuarios de las plazas se habían acostumbrado a verme con papel y lápiz, les daba alegría que me hubiera puesto a sacar fotografías, y se involucraron en mi tarea que hasta entonces parecía clandestina. La cámara les brindó a muchas personas una excusa para hablar y preguntarme qué estaba haciendo. Empecé a hacer amigos y a pasar tiempo con algunos de estos usuarios, incluso visitándolos en la casa o juntándome con ellos cuando salían a tomar algo o a comer afuera. Al concluir estas observaciones, realicé una serie de entrevistas con los usuarios de la plaza, retomando cuestiones que habían surgido durante el período inicial de observación. Se completó una serie sistemática de entrevistas con los gerentes, dueños y directores de las instituciones que se ubicaban cerca

o dentro de las plazas. Estas entrevistas versaron sobre las pautas y los planes de diseño de las plazas que se habían recopilado previamente. Una serie de entrevistas con historiadores locales y el trabajo de archivo en la Biblioteca Nacional y en la Universidad de Costa Rica proveyeron las historias orales del Parque Central. Las entrevistas con los ex y actuales ministros de Cultura, con el ex ministro de Planificación (presidente Oscar Arias), con el jefe de planificación municipal y con los arquitectos involucrados en el diseño de la Plaza de la Cultura, proporcionaron datos contextuales para las descripciones etnográficas y la documentación del diseño y su proceso de construcción. Por fin, la literatura y la poesía costarricense, los periódicos y las revistas, las presentaciones de televisión y las conversaciones con amigos y vecinos proporcionaron información sobre la vida pública en su contexto más amplio. Estas fases de recopilación de los datos fueron repetidas durante cada una de las cinco visitas intensivas al campo.

BIBLIOGRAFÍA

- CALVO MORA, Joaquín Bernardo. 1887. *Apuntamientos geográficos, estadísticos e históricos*. San José de Costa Rica: Imprenta Nacional.
- CASTELLS, Manuel. 1989. *The Informational City*. Oxford: Blackwell.
- CLARK, Mary. 1997. "Transnational alliances and development policy in Latin America". *Latin America Research Review*, 32: 71-98.
- DAVIS, Susan. 1986. *Parades and Power: Street Theater in Nineteenth Century Philadelphia*. Philadelphia: Temple University Press.
- DE MORA, Nini. 1973. *San José: Su desarrollo. Su título de ciudad. Su rango de capital de Costa Rica*. San José de Costa Rica: Universidad de Costa Rica.
- Dirección General de Estadística y Censos 1973, 1982, 1996. *Anuario Estadística de Costa Rica*. San José de Costa Rica: Ministerio de Economía y Hacienda.
- GUDMUNDSON, Lowell. 1997. "Costa Rica: New issues and alignments". En: J. I. Domínguez, A. F. Lowenthal, *Constructing Democratic Governance*. Baltimore: Johns Hopkins Press. pp. 78-91.
- HABERMAS, Jurgen. 1974. "The public sphere: an encyclopedia article". *New German Critique*, 3: 49-55.
- HALL, Carolyn. 1985. *Costa Rica: A Geographical Interpretation in Historical Perspective*. Boulder: Westview.
- LOW, Setha. 1995. "Indigenous architectural representations". *American Anthropologist*, 97: 748-762.
- LOW, Setha. 1996. "Spatializing culture: the social production and social construction of public space". *American Ethnologist*, 23(4): 861-879.

- LOW, Setha. 1997. "Urban public spaces as representations of culture". *Environment and Behavior*, 29(1): 3-33.
- LUNGO, Mario. 1997. "Costa Rica: Dilemmas of urbanization in the 1990's". En: A. Portes, C. Dore-Cabral, P. Landolt (eds.) *The urban Caribbean*. Baltimore: Johns Hopkins Press. pp. 57-86.
- MACLEOD, Mary. 1973. *Spanish Central America*. Berkeley: University of California Press.
- MORSE, Richard. 1980. "Introduction. Urban development in Latin America". *Comparative Urban Research*, 8: 5-13.
- NARANJO COTO, Mónica. 1976. *Plaza de la Cultura*. San José de Costa Rica: Banco Central.
- REVISTA DE COSTA RICA EN EL SIGLO XIX. 1902. *Tomo I*. San José de Costa Rica: Tipografía Nacional.
- RODRÍGUEZ, Sylvia. 1989. "Art, tourism, and race relations in Taos: Toward a sociology of the art colony". *Journal of Anthropological Research*, 45: 77-99.
- RODRÍGUEZ, Sylvia. 1997. "The Taos fiesta: Invented tradition and the infrapolitics of symbolic reclamation". *Journal of the Southwest*, 39(1): 33-57.
- RODRÍGUEZ, Sylvia. 1998. "Fiesta time and plaza space: resistance and accommodation a tourist town". *Journal of American Folklore*, 111(439): 39-56.
- SÁNCHEZ DELGADO, Norma y UMAÑA UGALDE, Carmen. 1983. "San José: Imagen y estructura urbana". *Revista del Colegio Federado de Ingenieros y de Arquitectos de Costa Rica*, 78: 20-29.
- STONE, Samuel. 1974. "Aspects of power distribution in Costa Rica". En: D. Heath (ed.) *Contemporary Cultures and Societies of Latin America*. New York: Random House. pp. 404-421.
- TORRES RIVAS, Edelberto. 1993. *History and Society in Central America*. Austin: University of Texas Press.
- VEGA CARBALLO, José Luis. 1981. *San José: Antecedentes coloniales y formación del Estado Nacional*. San José de Costa Rica: Librería Española.
- WILSON, Chris. 1997. *The Myth of Santa Fe: Creating a Modern Regional Tradition*. Albuquerque: University of New Mexico Press.